

Cecilia Casanova

Natalia



La vida era una cadena de días iguales, sin embargo la amaba a través de Natalia; por ella conocí el gusto dulce de las moras, las piedras agudas del camino, el canto total del universo. Mi vida era un lunes o un miércoles, pero tampoco ignoraba la existencia de un domingo cuando con el último toque de la campana pasaba ante mi puerta, almidonada y sonriente en su vestido florido o cuando de vuelta de la escuela, seguida de un grupo de muchachos, descalza y libre, golpeaba suavemente con sus dedos el vidrio de mi ventana y el cuarto, siempre en sombras, se llenaba de ese algo que traía en los ojos, el otoño o la lluvia. A veces, casi siempre, me dejaba un trozo de pan untado en dulce o blanca nata que disfrutaba luego bajo la mirada seca de mi abuelo. Un día dejé de comer el pan y no desgrané las flores que esparcían notas de color brillante sobre el suelo polvoriento. Guardé *todo lo que* me trajeron sus manos pensando que alguna vez dejaría de tenerlas y de tarde en tarde iba a *mirarlas* como si aquello fuera lo único concreto en la existencia. Por todas esas cosas supe más tarde el olor de la muerte del dulce, del pan, de las flores, de los caracoles que recogían sus manos y un poco de la muerte de sus dedos.

Mi abuelo no amistaba con nadie en el caserío; su tiempo trans-

curria ciego, ajeno al color del agua que se estancaba en las hojas, al mar, al aire, a los cabellos negros de Natalia.

En las tardes, mientras los niños corrían por la arena o volaban por los cerros más alto que los pájaros, él conmigo, atado a mi brazo, como si yo no existiera, tendido el puntal hacia el mar, limitándome aún más ante ese campo azul rabioso, mucho más a la hora en que el sol deshilachado o redondo caía al agua. Siempre en esos paseos permanecíamos callados, ajenos el uno al otro, yo tratando de adivinar paisajes en sus perdidas pupilas, algún rayo de luz escapado del crepúsculo, un color de tantos que se deshojaban allá, violento, para caer luego sin un sonido al término del mar. Entonces él también me parecía sordo. Suspiraba y sus manos se aferraban al puntal como si éste fuera el único capaz de sostenerlo.

Yo lo quería, pero me hastiaba a veces; siempre igual, el puntal antes y después nosotros. Solía batirlo horizontal como defendiéndose de quizá qué monstruo y entonces me llenaba de miedo y soledad mientras permanecíamos sentados en algún punto del camino, generalmente el mismo, una piedra plana, gris, bajita.

Los demás niños, Natalia, la vida suelta y simple, los nombres de sus amigos que de cuando en cuando me caían como piedras disparadas con honda, me hicieron una vez alejarme de mi abuelo, correr más allá del mar, del cielo y gritar hasta terminar bañado en un sudor frío que me escocía por dentro. Cuando volvía mar y tierra eran cielo y el caserío bajo aquel manto de sombra pudo bien haber sido los dominios de un rey. Mi abuelo se había dormido; junto a sus pies había florecido un cactus; cuando quise cortar una de sus flores ya no estaba y mi abuelo despertándose preguntó: ¿Qué? y yo no había hablado. Fue *ese el día* que más tarde y con más frío deshicimos lo andado. En mi ventana había un caracol y un ágata.

A veces me asaltaba la idea de que ese ser sin luz no era mi abuelo; yo que conocía tan bien los pequeños granos de arena y el cielo, cuando repartido en pedacitos, avanzaba lentamente sobre el

mundo. Un día lo encontré con un huiro entre las manos y éstas, tan apegadas a su rostro que desaparecía bajo ellas y el huiro. Lo absorbía jadeando como si pudiera verlo a través de su olor. Al escuchar mis pasos lo retiró bruscamente haciendo un movimiento como para lanzarlo lejos pero no pudiendo precisar la distancia que lo separaba del mar, lo ocultó suavemente en el bolsillo de su descosida chaqueta. Desde ese entonces comencé a construir en torno a él a un joven marinero de algún barco pesquero, ballenero tal vez.

Natalia estaba enferma; esperé que mi abuelo se durmiera y me escurrí silenciosamente por la puerta.

Era noche total. Ni una estrella, ni una punta de luna, nada sino el mar embravecido. La puerta estaba junta. La abuela envuelta en su chal tejido a bolillos, separaba unas yerbas que había sobre un papel en la mesa. Puse toda mi fe en aquellas hojas de boldo, natre, menta, en el agua que hervía ruidosamente en el carbón encendido y en las manos rugosas de la anciana que preparaba todo, sabia en su ignorancia. La dejé hacer y me acerqué a Natalia. Sonrió al verme. —Mañana estaré bien —me dijo—. Me senté al borde del lecho; su respiración tenía el ritmo acompasado de las olas, las sábanas se inflaban cada vez que lo hacía, como un velero en un día de viento; hubiese querido naufragar en el lienzo blanco de sus ropas.

Cantó un gallo despertando otros. No hubo mañana. Al atardecer comenzó a invadir la gente. Desde un rincón escuché el llanto triste de la abuela acompañado de guitarras, humo, palabras. Un olor penetrante a vino ácido se apartaba del dulce gloriado.

El cementerio, un campo de cruces blancas de espaldas al mar; era triste. En las tardes, el morado de los cerros resbalaba hasta allí para diluirse lentamente en un gris que ocultaba las tumbas, noche a noche, como una palada de tierra.

No sé cuánto anduve y lloré. Al pasar ante mi puerta noté que estaba de par en par abierta y que el viento jugaba detrás de la ventana con el percal de la cortina.

Por un camino divisé a mi abuelo; batía enloquecido el puntal espantando monstruos, sombras y gritando: ¡Andrés, Andrés! Corría casi por la pendiente del almacén. Un perro se le echó encima ladrando y lo derribó pesado y dolorosamente al suelo. ¡Andrés, Andrés!

Mi nombre perdía fuerzas a medida que mis piernas se alejaban.

En el mar una pequeña luz, Natalia, cruzaba lentamente el horizonte...